

jar guiar de Vos es la perfecta curación de estas llagas, humilladme, Señor, á vuestros pies; hacedme desconfiar de mí y tener miedo de cuanto me aparte de Vos, para que á quien debo todo lo que soy y lo que espero, deba la santidad de mis miserias. ¡Cuándo, Señor, os verá poseedor y pacífico morador de este corazón! Oh buen Jesús, hasta en esto soy miserable, pues no veo dónde ando perdido, ni sé pediros bien que me levantéis y me libréis de mí. Vos que todo lo veis, obrad como quien sois vuestras maravillas en esta tierra llena de miserias.

Señora de los ángeles, abogada de los pecadores, oveja sin mancha, morada suave de Jesús y piadosa remediadora de los pecadores endurecidos, á Vos me dió el Señor para alcanzar por Vos lo que no merezco; y pues veis cuántos males nacen de la dureza de mi corazón, haced, Señora, descender de la fuente de misericordia que de Vos nació, agua viva que riegue siempre y ablande este corazón. Oh moradores riquísimos de esa casa celestial, anegados en el rocío y blandura del Cordero; si vuestros poderosos espíritus están allá rendidos á su amor y servicio, ¿por qué está aquí duro para El este miserable corazón? Lloved de lo que os sobra y rociad esta tierra seca, para que con vuestra blandura se disponga á vuestra perpetua compañía. Amén.

TRABAJO XX

Ser mal juzgado.

La dureza que Cristo nuestro Señor halló en la gente judaica, á quien fué enviado, no sólo fué instrumento de su Pasión, sino que le tramó varios particulares trabajos, donde no menos pasma que el humano corazón los causase, que el sufrirlos la bondad del Señor. Tan graves son, que muestran bien corresponder á tan perversos corazones, arraigados en el odio del Hijo de Dios, y en deseo de dañarle cuanto pudiesen, hasta procurarle la muerte; porque de tan altas raíces de aborrecimiento y de tan grandes troncos de maldad, no se podían esperar otros frutos.

Uno de los trabajos que ocasionaron al Señor, y en que mostraron bien la ponzoña y malicia que reinaba en sus corazones, fué juzgar mal de todas sus acciones. Este mal es tan contra todo juicio humano, que parece no poder caber en él; porque el orden con que el humano entendimiento se determina á los juicios, es ofreciéndose primero alguna razón aparente ó verdadera, mala ó buena, por la cual, con acierto ó engaño, se determina á juzgar de la cosa mal ó bien. Pero esta gente judaica jamás vió en el Señor cosa de que pudiese sacar razón, no digo verdaderamente mala, pero que ni por imaginación tuviese semejanza ó apariencia de mal, con que se pudiese engañar para juzgar mal de El; y así se ve que su malicia pervirtió todo el orden de la naturaleza, aun en aquello

con que desordenadamente juzga mal del bien, engañándose con alguna apariencia de razón.

De esto hay clarísimas pruebas en el Evangelio. En la fuerza de los malos juicios con que tenían al Señor en mala cuenta, se opuso su Majestad abiertamente contra aquel dañado entendimiento, y públicamente contradijo la determinación de su malicia, diciéndoles: *¿Quién de vosotros me podrá argüir de pecado?* No dijo me podrá convencer con verdad, sino *argüir*: porque para argüir, cualquiera apariencia es bastante en corazones mal inclinados; y de tal suerte contuvo con esta prueba su malicia, que no tuvieron que decir: porque acerca de lo que le oponían de que curaba en sábado, los tenía ya tan convencidos, que se corrían de echárselo en cara; y cuando le contaban por culpa, que llamaba Padre á Dios, recurría á las obras y decía, que si no hacía obras de su Padre, que no le creyesen. Ellas eran tales, que no tenían qué decir. Cuando Anás le preguntó por su doctrina, alegó por testigos á sus mismos enemigos. Cuando la malicia de éstos se empeñó en casa de Caifás en buscar cosas de que acusarle, ninguna hallaron que no fuese falsa con evidencia; y finalmente, se empeñaron en prevalecer contra El con falsedades, gritos, y amotinación; de suerte que en todo tenían contra sí las clarísimas verdades del Señor, su inocentísima vida, todas las muestras de ella, su doctrina y obras tan sin reprensión ni semejanza de tacha, que ninguna apariencia de mal encontraban en ellas para dar color á los juicios que de El tenían y publicaban.

Los que mejor juzgaban de El, no pasaban de tenerle por Santo y Profeta; pero de aquí abajo era mal juzgado, según el corazón y condición de cada uno. Si andaba con pecadores, aunque su admirable santidad justificaba ser aquella conversación para convertirlos, no le valía eso para que dejasen de juzgarle hombre profano, y amigo de mesas y de vino. Unos calificaban su doctrina de novedad, título que el mundo suele dar á las verdades; y siendo El el inventor de novedades, sólo en la renovación de las virtudes tiene por tacha la novedad, para acabar de envejecerse en sus vicios. Otros le juzgaban amigo de tumultos y perturbaciones del pueblo, por la mucha gente que para recibir sus mercedes le seguía. Algunos dirían, que mejor fuera andar de casa en casa curando, que sufrir aquellos concursos. Otros le tacharían el predicar por los campos fuera de las sinagogas; y como donde hay multitud de gente, siempre hay encuentros y ahogos para acercarse, á aquello llamarían perturbación, y de todo hacían ponzoña.

Esto es antiguo en el mundo; que si hubiere mucho concurso de gente para ver juegos, oír farsas y otras cosas profanísimas, con mucho desahogo de ventanas, muchos ruidos y cuchilladas, muchos desastres y peligros de pecar, todo esto es bueno, y esto es solicitado, sin que haya á quien le parezca mal; pero si hubiere mucho concurso á las iglesias, á las confesiones, á las indulgencias, llueven los malos juicios. Yo pienso que esto es porque el mundo acostumbra aprobar las cosas donde puede alargar sus vicios; y reprue-

ba aquellas donde puede perder uno solo. Llegó, en fin, la malicia judaica sin apariencia de razón á tal ombre de juicio pervertido contra Cristo, que juzgaba tener pacto con Belcebú, y que por su virtud y amistad con Satanás hacía los milagros. No pudo el mundo imaginar otro autor en las cosas del Señor, que pretendía abatir, sino al mismo por quien él se gobierna, y por cuya voluntad arregla su conducta.

Gravísimo fué este género de trabajo que nuestro Señor quiso sufrir; porque tenía muchas cosas que le hacían pesadísimo. Primeramente los que en el mundo son mal juzgados contra razón, tardan comunmente en llegarlo á saber, y se engañan como los que juzgan mal de ellos; pero nuestro Señor veía los corazones de todos, y sabía de dónde procedía el mal que juzgaban, el daño que se hacían á sí mismos y el grande impedimento que ponían á las mercedes que les quería hacer; lo que sentía mucho más que sus propias alrentas; porque como el amor hace sentir las cosas que le son contrarias por el mal que tienen y por el daño que hacen, y este mal y daño caía todo sobre los que juzgaban mal del Señor, el amor que les tenía le hacía muy penoso ver tan gran mal en las almas que deseaba salvar, por los crecidos daños que de allí se les acrecentaban. Fuera de esto, en los grandes, que en el mundo son el blanco de los juicios, vemos que por ser poderosos, nadie se atreve á disgustarlos, antes por granjearlos ó por particulares intereses, los mismos que juzgan mal de ellos, los engañan, los alaban con lisonja y encarecen aquello mismo por donde los tienen en mala reputación; y la mayor parte cada uno oculta el mal que del otro juzga, y se cautela de no darle á entender aquel mal juicio, ni se atreve á echarle en cara, por no empeñarse en alguna pendencia. Pero Cristo, para ejemplo de los suyos y consolación de los que le habían de imitar en tan penoso género de trabajo, lo quiso pasar con todas las circunstancias que le pudiesen hacer más pesado; sufriendo que los malos se llegasen á desvergonzar, diciéndole cara á cara el mal que de El pensaban y juzgaban, de que se le acrecentaron otros géneros de trabajos, que aquí y en la segunda parte referiremos.

Acostumbran también los hombres querer que les valga su intención para no ser mal juzgados; y aunque ésta no se ve en lo exterior, con todo eso quieren aprovecharse de ella para su descargo y queja de los malos juicios, aunque algunas veces sin razón; porque lo que exteriormente se ve, no cuadra con la buena intención del corazón. Pero como se ha dicho, la vida del Señor era aun en lo exterior tan perfectísima, su ejemplo tan irreprochable, sus milagros tan admirables y sus obras tan sin defecto, que cuando fuera posible tener alguna mala intención oculta, aun contra toda razón, se juzgaría mal de El en lo exterior. Cuanto más que la mucha continuación de obras santísimas y perfectísimas virtudes, era clara demostración de la pureza de su ánimo; porque nunca la malicia puede estar tanto tiempo encubierta con capa de virtud que no dé alguna señal de sí.

Estaba la malicia de los judíos tan profetizada, que David pedía á Dios muchas veces en la persona de Cristo, que le juzgase no por los juicios humanos, sino por su virtud; y que juzgue El su causa y le libre de gente no santa y engañosa. De la cual gente dice en un Salmo: *Hijos de los hombres, juzgad bien, si en la verdad queréis hablar lo que es razón; pero ellos hacen el mal que pueden y siempre urden mal; y desde los vientres de sus madres yerran por voluntad, y desde que nacieron se apartaron de la verdad.* Y todo esto es tan cierto, que un día se quejaba nuestro Señor de que no había en esta mala gente portillo por donde entrar á ellos y alumbrarlos: «Porque vino el Bautista sin comer ni beber como los demás hombres, y decían: *Es endemoniado.* Vine yo comiendo y bebiendo con ellos, y me juzgan por amigo de vino y de mesas de pecadores.» Por esto los comparaba á los niños de mala condición, que ni querían cantar con los que cantaban, ni llorar con los que lloraban en los juegos que contrahacían en las plazas. Y con todo eso lloraba el Señor los males en que por este pecado habían de caer; y con su acostumbrada blandura, cuando le echaban en cara el mal que de El juzgaban, los aconsejaba que no juzgasen por lo que les parecía por defuera, sino con integridad, como hace Dios que pesa los corazones y por ellos juzga á los hombres. Y por cuanto El es el verdadero y universal Juez, y deseaba no llegar á juzgarlos y condenarlos como ellos merecían, los enseñaba que no juzgasen mal, porque habían de ser medidos y juzgados por la misma medida y juicio con que midiesen y juzgasen á los demás. Por donde se ve cuán gravísimo juicio tendrían contra sí aquellos perversos corazones que nunca supieron medir la incomparable santidad de Cristo, sino por juicio y medida de infernal malicia.

Si los que juzgan mal viesen cuán mal pleito forman contra sí delante de Dios, por ventura se harían jueces solamente de sí mismos, y dejarían las vidas y obras ajenas; porque primeramente dan expresa sentencia contra sí, que no merece apelación, ni la tendrá, sino sólo con penitencia antes de la muerte; porque si juzgan rigurosamente el bien con muestras de querer en los prójimos más perfecta virtud, y los tienen en mala cuenta por no seguirla, quedan ellos justamente en la misma obligación, ni serán delante de Dios tenidos por justos dispensadores de sí mismos los que fueron rigurosos jueces de los otros. Si el juicio es contra los pecados de los prójimos conocidos, y sin mezcla de misericordia y blandura, no la merecerán cuando la deseen; porque la divina Escritura dice, que tendrá juicio sin misericordia el que no la hizo á los demás. Si el juicio (conforme á lo que aquí tratamos) es juzgar mal del bien, y echarlo todo á mala parte sin prudente ponderación, no necesita éste delante de Dios otro testigo, ni parte contra sí, más que su propio juicio; porque claramente muestra ser él tal como el juicio que hace de las cosas.

Así lo dice San Pablo, expuesto por el Crisóstomo. ¿Quiéres tú, que juzgas al siervo ajeno? Porque á ti mismo te condenas en

el juicio que haces contra él, porque lo mismo que juzgas haces. Quiere decir: No ves quién eres; esto es, que tú eres tal, y en eso das la prueba de quién eres. Tú por tí te condenas, porque harías lo mismo que juzgas. No quiere decir que el que juzga mal comete el mismo mal, porque muchas veces no lo hace; sino que no atribuiría á mal lo que ve, si no tuviese en el corazón inclinación al mismo mal. Nunca piensa el impaciente que alguno pueda sufrir, y juzga disimular la paciencia. No piensa el tibio y profano que puede haber mucha perseverancia en el recogimiento, mucha oración y continuación de virtudes, y lo que en esto ve lo juzga hipocresía. No piensa el malicioso que se hacen las cosas con santa intención, y atribuye el bien que ve al mal que se le antoja. Juzga así, porque á la verdad en caso de paciencia disimularía el odio y la ira por más no poder, y no sabe contentar á Dios, sino á los hombres; y generalmente, de las raíces del mal que reina en su corazón, proceden los juicios que hace de lo que ve; y así, para conocerse, basta ver lo que del corazón le sale.

De esto hay muchas pruebas en la experiencia. Un mismo ayuno, una misma plática de Dios, un mismo recogimiento, una misma oración ó buena obra, edifica á uno, haciéndole que se corra de no practicar aquello, argüirse á sí mismo y alabar á Dios en su siervo; pero otro lo echa todo á mala parte, y no por otra cosa, sino porque los hombres no fundan sus juicios en razón, sino en sus inclinaciones, que cuanto peores fueren, tanto peor juicio podrán ocasionar. Ve un hombre un pecado ajeno; duelele y le desea encubrir y curar; otro le desea publicar, castigar ó infamar; y de una misma cosa se mueve uno á compasión, otro á indignación; uno á crueldad, otro á misericordia; y así es verdad, que el que juzga mal á otro, á sí mismo se condena; porque la mala raíz de su corazón es tal, cual el juicio que forma; y tal sería en igual ocasión, si Dios no le contuviera, cuales juzga que los otros son. Y aunque nunca se debe juzgar bien de lo que manifestamente es malo (porque esto es contra el juicio divino) con todo eso, en la moderación y efecto que el mal ajeno hace en nuestro interior, se muestra bien el bien ó mal ánimo que tenemos. Y esta es una buena razón para pasar con ligereza y sufrimiento por los malos juicios, porque parece que no tengo razón de escandalizarme de quien juzga de mí lo que sabe de sí.

Los que se ven inclinados á este vicio de echarlo todo á la peor parte, piensen de sí que delante de Dios son los peores del mundo, y que solo á El le deben no cometer cuantos males puede inventar la malicia humana; porque en cuanto á sí, claramente ven que cuanto mal entienden en todo, les sale de dentro de la imaginación y corazón, y de todo son capaces. El remedio es trabajar en refrenar la lengua, para que el mal quede solamente entre él y Dios, y haya menos que curar. Después de esto, cuando mal juicio se le ofreciere, rebátale contra sí, y acúesese delante de Dios de aquella mala raíz patente á los divinos ojos, de donde nace el mal que juzga. Y

trabaje siempre en buscar razones para defender al prójimo; y cuando no las pudiere hallar, confiéscese delante de Dios por peor, como en verdad lo es, pues es tan áspero para el mal ajeno. Y piense que si otro supiera conocer su mal propio, como él lo ve ó lo juzga, tuviera miedo de sí y se enmendara; por lo cual queda el otro menos malo, por ciego, y él peor, por ser malicioso. Si tiene por oficio juzgar y enmendar al prójimo, condénese primero á sí con humildad, para juzgar á otros con temor de Dios. Y sepan todos para humillarse, que según la doctrina teológica, más debe á Dios aquel á quien preserva de caer en pecados, que á quien perdona los cometidos; al modo que debo más á quien me libra de la lanzada que me pudiera dar, que si me curara después de darla. Y así es verdad lo que dice nuestro Padre San Agustín, que tantos pecados me perdona Dios, cuantos son los que pudiera cometer, y me contiene para que no los haga. Con verdad, pues, se puede cada uno tener por tan malo como el más malo que ve; porque como dice el mismo Santo: «Ningún pecado comete un hombre que no pueda cometerlo otro hombre, si fuere desamparado por el que hizo al hombre.» Así el que juzga mal, se condena á sí mismo; porque tal es en la masa y tal sería en la culpa, si Dios no lo contuviera. Por tanto, cuando viere males, duélase de quien los tiene, y agradezca á Dios el no tenerlos porque no le castigue en dejárselos cometer.

Con esto queda entendido que los siervos de Dios ningún caso han de hacer de los juicios humanos, que son tan inconsiderados; y deben tener por cierto que no pueden ellos eximirse de lo que no se libró la pureza y santidad de vida del Redentor; y conforme se determinaren á servirle, esperen juntamente este trabajo y cruz; porque el mundo que se la dió al Señor, también se la dará á sus siervos. Y por mundo se entiende en esta materia cualquiera (sea del grado ó calidad que fuere) que no tiene espíritu para hacer las buenas obras de que juzga mal, ni tiene uso y experiencia de la hermosura de la virtud; cuales son no sólo los vanos mundanos seculares, sino también los religiosos y eclesiásticos tibios y olvidados de sus obligaciones y de la perfección de su estado. Verdad es que mientras el espíritu no se halla muy experimentado en las cosas divinas, duele y cuesta mucho ser mal juzgado contra razón; pero esto es aun de imperfectos. Acuérdense de la obligación que tienen á Dios, y á salir por la virtud y mostrarse más constantes en seguir la verdad que Dios les da á entender. Y tengan por cierto que el mundo no juzga mal del bien por odio que tenga al mal, sino por desacreditar la virtud; porque el mundo ama á los vicios, aunque sabe que son males, porque vive de ellos, y para sustentarlos los engrandece, aprueba y consagra; y porque las virtudes le son contrarias, las infama con título de los males que le complacen. Por eso hace del recogimiento hipocresía, del celo pasión, de la justicia indignación, de la reforma ambición, de la santa conversación deshomestidad, y todo lo demás lo intitula á este modo; porque cuando hiciere parecer que las virtudes son como sus vicios, se les pierda

el miedo y respeto, y quede más desembarazado y holgado, continuando sus vicios.

Si fueréis del mundo (dijo el Señor á sus Apóstoles), *él os amará; mas porque no sois suyos, os aborrece.* Del mismo modo, si los virtuosos fueran en la realidad tan malos como el mundo juzga, él los aplaudiera y alabara, como aplaude á los vengativos, con título de esforzados; á los vanos, con pretexto de honra; á los pródigos con título de liberales, y á los más viciosos con título de generosos, favoreciéndolos en los males que de ellos juzga. Mas porque el mundo conoce que la virtud de los justos le condena, los aborrece; y por abatirlos los persigue y los juzga tales como él es, ó para traerlos á su partido, ó para desacreditar la virtud. Por lo cual, así como en las demás materias no se hace ningún caso del parecer que forman los que no tienen experiencia de ellas, del mismo modo ninguno se ha de hacer de los juicios de los hombres que tienen experiencia de los vicios para asemejarse á ellos, y ninguna de la virtud para aprobarla y alabarla cuando la vieren. No digo que los siervos de Dios tengan por malos á los demás para sustentar la virtud, sino que certificados de la verdad en que la tienen, conozcan el ardid con que el demonio los pretende espantar, para perseverar en ella con más ánimo, vencer con paciencia y rogar á Dios por los que los persiguen, que les muestre la hermosura de la virtud.

Y para que no yerren cuando se vean mal juzgados, tengan presente la regla que dió San Pablo, diciendo: *Ningún caso hago de ser juzgado de vosotros, ni yo me juzgo á mí: Dios es el que me juzga.* En lo que nos dió tres avisos importantes: el primero, que ni para bien ni para mal estribemos en el juicio humano, que, como flaco, aprueba y desaprueba con engaño más por lo que quiere, ve ó imagina, que por la verdad de las cosas. Por tanto, no es bastante razón para hacer las cosas el ver que los hombres las aprueban, ni para dejarlas de hacer el ver que sean de ellos mal juzgadas; antes si quisiéramos guiarnos por eso, no será posible contentar á todos, porque cada uno forma su juicio, ni podremos librarnos de muchas desazones que resultan de querer contentarlos. El segundo aviso es, que no pretendamos seguridad en nuestro propio juicio para tener por buenas ó por malas nuestras obras. Basta que con buena intención, con temor de Dios, y cuando fuere necesario con consejo de algunos de sus siervos, sigamos lo que nos parece mejor, y, con puro deseo de contentarle, hagamos lo que podamos. Pero son tantas las obligaciones que tenemos á Dios, tantas las imperfecciones de nuestra miserable naturaleza, que ninguno debe pensar de sí que del todo complace á Dios; ni debe justificarse á sí mismo, porque esto es usurpar el oficio á Dios, y es camino de perder la santa humildad. No es pequeño género de tentación querer saber el alma el estado en que está. Si nos conviniere, es Dios tan amigo nuestro, que no lo ocultará. A nosotros nos toca trabajar por hacer mucho y no creer jamás que hacemos cuanto debemos. Y se-

gún procediéremos contra nosotros en el juicio de nuestros bienes, tanto más puramente los haremos. El tercer aviso, es que el alma que quisiere vivir consolada y quieta, eche en medio de todos los juicios humanos los ojos á su Dios que todo lo ve y se humille delante de El, procurando siempre contentarle; porque como se gobierna por acertadísima sabiduría, que todo lo ve y pesa en justísima balanza, nunca con El podemos perder, pues es un Juez que con su gracia y favor ayuda y aumenta el bien; suple y limpia nuestras imperfecciones; esfuerza nuestra flaqueza para hacer más; alumbra nuestro entendimiento para conocer y apartarse del mal; y el que ve en nosotros le ataja, remedia y perdona con misericordia.

EJERCICIO DE SER EL SEÑOR MAL JUZGADO PARA CONSEJO
DE LAS ALMAS EN LOS JUICIOS HUMANOS

Sapientísimo Juez y justísimo conocedor de mi interior á quien nada se encubre, y cuyos ojos están siempre sobre los hijos de los hombres: bien veis este mi corazón; Vos sabéis lo que en él os descontenta; conocéis cuán o os debo y cuán mal cumplo con la obligación de servirlos. ¿Dónde me podré esconder de vuestro juicio? Si fuere al cielo, allí estáis; si bajare al infierno, allí me conoceréis; sujeto os estaré en lo más íntimo de la tierra. Mejor es que me veáis y conozcáis que esconderme de Vos, aunque pudiera; porque escondido me quedara con mi mal, y Vos siempre miráis con misericordia. Por lo que veo en mí, razón tengo de huir de Vos y teneros miedo; pero ¿dónde me iré fuera de Vos que encuentre remedio? Pues, Dios mío y mi Juez, poned en mí vuestros ojos piadosos; ved cómo van creciendo mis males, ved la prisa de mis enemigos para apartarme de Vos, mi flaqueza de resistir, mi malicia en ofenderos, mi pobreza de toda virtud y mi descuido en servirlos. Juzgadme, Dios mío, por la justicia é inocencia mía, que procede de los merecimientos de vuestros trabajos. El eterno amor que me tenéis, vió que cuanto hay en mí es contra mí, y por tener á mí favor alguna justicia que me valiese ante vuestro divino juicio, me dió vuestro sudor, vuestra sangre, vuestros dolores y aflicciones que por mí pasasteis, vuestra inocencia y sobresubstancial perfección, para tener que alegar por mí. Leed, Señor, en estas leyes que Vos escribisteis, la sentencia que yo necesito y juzgadme por ellas. Mirad, Señor, las raíces de todo mal arraigadas en este corazón, la inclinación á todo pecado y la imperfección de todo bien. Haced justicia; arrancad todo esto de mí y plantad con vuestra mano en este corazón cuanto Vos queréis que en él crezca y fructifique.

Mi buen Jesús, cuando veo el mal de mi corazón, tengo miedo que me veáis, y quedo precisado á pedirlos con vuestro siervo David, que apartéis vuestros ojos de mis pecados. Cuando veo que sólo Vos podéis curarlos, recelo que no queráis mirarme, y con el mismo os pido que me miréis con misericordia. Criad Vos, Señor, en mí nuevo y limpio corazón, y así todo lo remediareis. Acordaos que Vos mismo, como verdadero conocedor de nuestros corazones,

digisteis á Noé que toda la imaginación é inclinación del corazón humano está siempre propensa para el mal. No diríais que *toda*, si de suyo tuviera algún bien. No digerais que *siempre*, si en nosotros hubiera alguna buena hora de que nos pudiéramos gloriar. No nos hicisteis Vos de esta manera; más porque nosotros pervertimos todos los bienes que en nosotros criasteis, con justo juicio nos juzgáis por fuente de los males. Oh fuente de todo bien, pues no sois menos poderoso para reformar lo dañado que para criarlo de nuevo, criad en mí nuevo espíritu, que renueve los bienes que he perdido.

¿Qué mal hay, Dios mío, que del corazón humano no provenga? Y si Vos con vuestra poderosa mano no lo remediáreis, ¿qué bien puede haber en él? Entre los hombres vivisteis, luz divina; trabajasteis, salud eterna, por curar sus males; os hicisteis espejo de todo bien; nada os quedó por hacer á fin de enseñarlos y alumbrarlos; y lo hallasteis todo tan perdido, tan dañado y tan anegado de avenidas de ponzoñosos males, originados del corazón humano, que no sólo no aceptaron vuestros bienes, sino que juzgaban vuestras bondades por lo que ellos eran. Oh Hijo de Dios vivo, adoro esa mansedumbre y paciencia con que quisisteis sufrir tan grandes desatinos de los humanos corazones. En algún modo, parece que os debo más por haber querido ser mal juzgado de los hombres, que por haber sido muerto; porque para quitaros la vida podía cegar la ira y la pasión, y con ella daros la muerte que deseabais; mas para juzgar mal de Vos, ni aun andando sobre aviso y de propósito pudieron hallar en vuestras eternas verdades y purezas cosa que los cegase y engañase, y no juzgaban de Vos sino según la baja y malicia de sus mentiras, que Vos aborrecéis.

¿Qué bondad es esa que tanto sufre? ¡Ah buen Jesús, que ni de Vos sabe el mundo juzgar sino lo que él hace! No sabe comer con los suyos sino para profanas bacanales, y no puede pensar de Vos que os humilláreis á comer con ellos para convertirlos sin el más mínimo exceso. Tiene el mundo todo su comercio con el diablo, á quien sirve y obedece, y no puede pensar de vuestra divina virtud que le haríais las mercedes que le hacíais por bondad vuestra, sino por compañero de Satanás. ¿Qué vió en Vos el mundo para juzgar mal de vuestras cosas? Nunca de vuestra boca oyó una palabra mala ni ociosa; nunca en vuestra inocentísima modestia vió cosa ligera ni profana; nunca en vuestra conversación vió despego ni ociosidad; nunca en vuestra doctrina halló sino divinos consejos; nunca en vuestros milagros pudo notar mentiras ó artes del demonio; nunca en cosa que en Vos viese pudo encontrar tacha verdadera; nunca le quisisteis lo suyo; nunca se lo quitasteis; nunca lo procurasteis. ¿Pues qué halla el mundo en Vos para juzgar mal de todas vuestras cosas? Aun ésta tan vil cruz quisisteis pasar por mí, mi buen Jesús. Vuestros azotes, espinas, bofetadas y cruz hacen de los ladrones ciudadanos del cielo, y curan los pecados de los mismos que os atormentan. Mas ser mal juzgado de los hombres hace

más incurables los pecados de tan malos jueces, y cierra las puertas del alma á toda luz y misericordia. Bendito y alabado seáis, que tan á costa vuestra quisisteis consolarme en este trabajo, para cuando en él me viese, y mostrarme cuánto me debo temer de este mi perverso corazón, que tan mal llegó á juzgar de vuestra bondad.

Oh Señor mío, Redentor de mi alma, salud de este enfermo corazón, veis aquí lo que me quejo de mí delante de vuestra misericordia; por esto gimo, por esto da voces mi interior á vuestros misericordiosos oídos. Vos decís que toda mi inclinación es siempre para el mal; los corazones de los hijos de Adán me dicen, en lo que veo, que eso es tan gran verdad, que no sólo desean siempre y se inclinan al mal, sino que en vuestra soberana bondad, que tienen á su vista, saben ver como mal y para mal. ¡Ay Dios mío y bondad infinita, á esa misma bondad me acojo, pues no puedo huir de mí si no para ella, y ella sólo tiene virtud para vencer ésta mi gran malicia! Aun hoy soy otro tal. Lo que me prohibís, lo juzgo bueno; tengo por vida lo que me mata; por consolación lo que de Vos me aparta; tengo por pesada vuestra ley, vuestra conversación por rigurosa; el dejar los pecados por penoso, el cometerlos por gusto; ocuparme siempre en Vos lo juzgo fastidioso; gastar la vida en profanidades, diversión; vuestros gustos los tengo por displicencias; las desventuras de este cuerpo por desahogo; y lo peor es, que aunque con vuestra fe creo lo contrario, no sigo lo que creo, por el juicio de este barro que siempre tira á abatirme.

¿Cuándo, Dios mío, me libráis de mí? ¿Qué hay en mí que no corra siempre al mal? Los propios bienes que me dais los juzgo con tan pervertido juicio, que si Vos así me los dierais, no pudierais ser quien sois. De vuestra misericordia juzgo que puedo tomar licencia para pecar; de vuestro sufrimiento, que con seguridad puedo dilatar la enmienda; de vuestra piedad, que me puedo salvar y contentaros con vivir á mi voluntad. Pienso que puedo juntar en este triste corazón, vuestro divino manjar con mis abominaciones. Pienso que vuestra severísima justicia pasará tan ligeramente por mis culpas y desventuras, que sin enmienda me perdonará. Todo en mí es pervertido juicio y desordenada afición. Alargad, buen Jesús, esa bondad con que hasta ahora me sufrís, hasta curarme como he menester. Bien veis que me hallo tan enfermo, que aun siendo tal en la realidad me tengo por sano y por bueno; y me vanaglorio de cualquiera chispa de bien y de cualquiera migaja de virtud que tal vez me hacéis desear ó practicar. Quiero ser tenido de los hombres por otra cosa de lo que soy. No sufro ser mal juzgado, cuando no es posible que ellos me tengan por tan malo, como Vos sabéis que soy. Curad, Señor, estas llagas con vuestra virtud. Levantad mis ojos á Vos y alumbrados, para que en Vos vea lo que en Vos tengo, y en mí lo que Vos veis y reprobáis. No me dejéis trocar más el juicio de las cosas, sino estimarlas en lo que son, y á mí en lo que realmente merezco; y á Vos, Dios mío, estimaros, desearos y abrazaros como mi verdadero Señor, Juez, Padre y todo mi bien,

Reformad las potencias de mi alma, pues para Vos las criasteis; limpiad este interior, pues eso principalmente queréis; venza en mi vuestra misericordia, haciendo de este charco y estanque sin fondo de males, casa y morada de vuestro purísimo espíritu. Y pues yo siempre soy inclinado á la peor ponzoña que de Vos me aparta y me mata, y aun siendo tal no me queréis apartar de Vos, venid á mí, y con vuestra presencia santificad los yerros de esta criatura vuestra.

Uno de los mayores yerros que de mi soberbia nacen, es sentir mucho ser juzgado de los hombres; y Vos sabéis, bien mío, que no lo sintiera tanto, si no estimara mucho ser alabado de ellos. Cuán gran vanidad es ésta, Vos, humildísimo Jesús, lo sabéis; y cuánto daño me hace, Vos lo entendéis. ¿Qué me pueden hacer los juicios de los hombres? Yo en la realidad soy tal, cual de Vos fuere juzgado; las alabanzas humanas no me mejoran; su descrédito no me quita nada; y en realidad ninguno puede ser tan malo, que llegue á juzgar de mí tanto mal como en este miserable corazón puedo nacer; y si todas las criaturas se juntasen á condenar los males que contra Vos cometo, no los sabrían pesar en justa balanza, porque son más feos de lo que ellas alcanzan. ¿Pues de qué me quejo, especialmente teniendo delante de mí la grande obligación de contentaros á Vos, mi Juez justísimo? Quejome de que se quejen de mí los hombres; miro en cuanto hago á lo que les parecerá; peso las palabras por agradecerles; quisiera unir las condiciones y aficiones de todos á mí parecer, y que ninguno discordase en el juicio que deseo hagan de mis cosas. ¡Oh, qué vanidad es esta: cuánta parte del corazón me lleva; cuánto me ocupa el sentido; cuánto me entristece, me indigna, me llena de pensamientos que á vuestros divinos ojos descontentan! ¡Y cuánta mayor vanidad es quedar contento de parecerme bien lo que hago, de ver á los hombres complacidos de mi conversación, y tener inclinación á saber lo que juzgan de mí, no para quitar el escándalo, sino para la propia satisfacción!

¡Oh, cuán puro es el espíritu que á todo esto da de mano, y con nada de ello se mueve! Arrebatad, piadoso remediador de mi alma, todo mi sentido, mi cuidado é intención para Vos; tened piedad de este tan extraviado corazón. Para contentaros á Vos, Dios de mi vida, ningún trabajo tengo, porque sois bueno de contentar, y con vuestra bondad os acomodáis á lo que sé y puedo. Me habéis descubierto vuestra voluntad sobre cuanto importa á mi salvación, porque no la pierda; y en lo que no es de esa importancia, ó en que no tengo necesidad de saber lo que queréis, recibís la buena intención y deseo de acertar, aunque en realidad no sea lo que Vos queréis. Me sufrís cuando me veis errar; me ayudáis á le. antar, y nunca soy delante de Vos tan malo que no halle razón vuestro divino juicio para favorecerme, á fin de que no lo sea. Con Vos, Dios mío, siempre lo paso bien; pero á los hombres, cortos en el entendimiento, apasionados en el juicio, diferentísimos en las inclinaciones y pareceres, ¿cómo me es posible contentarlos? Aprueban y re-

prueban sin consideración. Uno quiere que sufra, cuando otro pretende que me venga; uno me tiene por humilde, cuando otro me juzga por hipócrita; tiéneme uno por flaco en lo que otro me reputa contenido, y todo es á este modo, sin fundamento. Y aunque me fuera posible contentarlos á todos, ¿qué ganaría en ello? ¿qué provecho sacaría para mi alma?

¡Oh mi Criador y divino Maestro! Infinitas gracias os doy por el amor con que me librasteis de todos estos ridículos afanes, y concretasteis todas mis obligaciones á que os ame á Vos de todo corazón. Si ahí estuviere mi amor, nunca ofenderé á nadie, porque no será posible cumplir vuestra voluntad y errar en lo que debo á mis prójimos. Recoged, pues, Señor á Vos los dispersos de Israel. Quitad de este corazón el aprecio de los juicios humanos, sean buenos ó malos, para que ninguna parte suya salga fuera de Vos. No me dejéis desear complacer á un mundo que nunca se contentó de Vos, ni que sienta los juicios de quien jamás supo juzgar bien de Vos. A Vos sólo quiero contentar; á Vos os ofrezco todas mis cosas interiores y exteriores. Ande siempre viva en mi corazón vuestra divina presencia, y levantad siempre á Vos mi espíritu, para que, desprendido de cuanto no me pueda llenar de vuestro amor, viva para Vos, para Vos hable, para Vos imagine, para Vos desee y en Vos descansa todo mi interior, mi buen Jesús, mi justísimo Juez, mi piadosísimo amigo y mi suavísimo Salvador y Redentor.

¡Oh Madre de Dios, llena de gracia y rica del Señor, que está siempre con Vos! ¡Cuán grande y rica fuisteis á los ojos de Dios, y cuán desconocida á los del mundo! Por aquellos afectos de amor puro que siempre os tuvieron y tienen unida á vuestro Dios, Señor, Esposo, Hijo y divino tesoro, os pido favor para que El una á sí mi corazón con sencillez, intención santa y puro amor en todas las cosas, para que ninguna baja criatura me quite parte de él. ¡Corte celestial aceptísima á este divino Juez, no conocida ni deseada del mundo! Poned en esos vuestros bienes el deseo y cuidado de este pobre corazón, para que ocupado allá, no pueda ser pervertido de las cosas de esta vida. Amén.

TRABAJO XXI

Ser murmurado.

El trabajo de ser mal juzgado trae consigo ordinariamente otro no menor de ser murmurado, el cual es tan grande, que haciéndose otros más ligeros con la costumbre, éste se hace más pesado en la continuación. La murmuración es verdugo del mal juicio, porque el mal corazón no daña al prójimo sino después de entregar á la lengua el mal juicio que formó. Ella también hace su oficio con tal estrago, que no sólo saca el mal propio encubierto, sino que para mayor daño, le colorea y justifica con razones y apariencias de bien; y como casi todo hombre es poco ó mucho tocado

de ese vicio, no hay persona ni cosa que se libre de ser en alguna manera murmurada. No piense nadie que viviendo entre gente, dejará de tener parte de este trabajo, pues no le valió á Cristo la santidad de su persona y santidad de su vida para no tener grandísima parte en él, sufriendola con tanta paciencia y mansedumbre como sufrió los demás trabajos. Por las plazas, por las calles, por las casas y tiendas de oficiales, y mucho más por las sinagogas y conversaciones de los judíos, entre sus príncipes y letrados, había tantas y tan feas murmuraciones del Señor, cuantas y cuales ningún otro justo padeció por la virtud y por este mismo Dios. Las juntas de cuantos cogían el fresco en el verano ó el sol en invierno, la sobremera y paseos no tenían otra materia que murmurar de El y burlarse de los que le seguían, con lenguas maldicientes. No faltaba alguno que lo defendiese; pero esto (como es regular) servía para aillar más las lenguas y dar ocasión á la porfía. Y como la malicia contradecida se refina más, arrojarian las lenguas de los murmuradores más feás palabras y dieterios contra el Señor cuando alguno le quisiese defender.

Decían unos, que el pecador no podía hacer tales milagros; otros que no podía dejar de serlo quien no guardaba el sábado. Los sacerdotes decían que ninguno de los príncipes le seguía, sino la chusma del pueblo, y que sólo se atrevía á mezclar con la gente ínfima. Los letrados murmuraban de que se hacía Hijo de Dios. Los fariseos, como tenidos por santos, le llamaban hechicero, amigo de Satanás, y tachaban que su comunicacón era con pecadores. Burlábanse de la calidad de sus discípulos, que eran pescadores. Hacían escarnio de cualquiera que los seguía y, en ofreciéndose ocasión, pondrían á cada uno mil apodos y harían otros escarnios, como el mundo acostumbra, redundando todos en afrenta del Señor; y á este modo decían de El tantas y tan varias murmuraciones fundadas en malicia y mezcladas con falsedades que le imputaban, y que suelen ser compañeras de las murmuraciones, que el sufrirlas y no dejar la obra de nuestra redención por asco y fastidio de las lenguas maldicientes, nos obliga á tanto amor y agradecimiento como ella misma; porque no debemos menos al Señor por el modo y por cada circunstancia con que nos hizo las mercedes, que por la grandeza de los mismos favores.

Pesa tanto este género de trabajo para quebrantar la voluntad ó quitar el gusto de hacer bien á los murmuradores, ó para dejar el bien comenzado, que aunque Dios no dejó de cumplir lo que prometió á Abraham, de dar á su generacón la tierra prometida; con todo eso no quiso que entrase en ella ninguno de los murmuradores que salieron de Egipto, pues todos murieron en el desierto menos dos. Pero después de hacerse hombre pasó las murmuraciones con sufrimiento, y no dejó de continuar las mercedes que hacía á aquel pueblo; para que sus Apóstoles siguiesen en esto su condición y espíritu, y procurasen con instancia la salvación de sus murmuradores; así como les previno que no se detuviesen por los ma-

los juicios que el mundo haría de ellos, también les intimó que no mirasen á sus murmuraciones, y estuviesen prevenidos de que no hallarian menos que lo que á El le veían sufrir; pues si al Padre de la familia llamaron Belcebú, ¿qué no dirán de los de su casa? y por tanto, prevenidos para tan enfadosa y molesta contradicción, se determinasen á no dejar su obra por más ponzoña que las malas lenguas sembrasen contra ellos.

No es pequeña consolación para los siervos de Dios que hacen obras de virtud (que la mayor parte son los más murmurados) el que Dios los haga del número de los de su casa, y les comunique parte del trabajo por donde El pasó; y para que conserven una tan grande honra y privilegio, conviene que se parezcan al Señor de la casa en el sufrimiento; porque otros muchos que no le sirven son murmurados, y no por eso se deben preciar de sus siervos; porque como el mundo es región de trabajos, y malos y buenos los padecen, sólo la paciencia es la que hace la distinción entre ellos; porque los de la casa de Dios reciben con humildad los trabajos que merecen para satisfacer por ellos; y los que no lo merecen los reciben con gran gusto para asemejarse á El. Los malos no sufren unos ni otros con paciencia virtuosa, sino rabiosa, porque no pueden más; y á veces no son menos culpados en su perversa paciencia que en las culpas por donde merecieron los trabajos. Nuestro Padre de familias, Cristo, que tuvo por mercedes las murmuraciones, nos dió tan heroico ejemplo, que no ofreció menos beneficios á los que le llamaban compañero de Belcebú, que á los que le recibían con aplauso.

Este es un perfectísimo artificio de confundir las lenguas de los murmuradores, responderles con la perseverancia en la virtud, con el sufrimiento, blandura y buenas obras, cuando las hubieren de menester; porque en ninguna cosa se gasta con menos provecho el tiempo, que en dar muchas satisfacciones contra las malas lenguas; pues como el murmurador no busca razón para lo que dice, sino que nunca le falte que decir, se incita á hablar más con la razón que oye contra sí; y si antes de oír la justificación murmura sólo de la obra, después contrapuntea todas las palabras, gestos, artes y modos del que se justifica, por condenarle en todo la intención; y finalmente, cada razón le sirve de leña para encender más el fuego de la murmuración. Pero el sufrimiento y silencio, la perseverancia en la virtud, la muestra de mansedumbre, la disimulación religiosa, el darse por desentendido de lo que se dice, es arma muy poderosa contra toda murmuración; porque si nace de malicia, queda con esto castigada en su propia rabia, y abatida en ver que no triunfa; si nace de ignorancia ó inadvertida costumbre, queda más atajada. Una sola obligacón general tienen todos en esta materia, que trabajen de su parte, porque no haya en ellos razón justa de ser murmurados; y á esta obligacón mira la doctrina de los Santos, sobre que miremos el qué dirán; no para que el juicio de los hombres sea regla de nuestra operacón, sino para obligarnos á que no tengamos que decir con razón; y cuando la obra se hiciere no sólo con la inten-

ción, sino con el modo que Dios manda, quedamos desobligados á mirar el qué dirán; y aun la experiencia enseña, que la más común peste de la vida espiritual es mirar en todo el qué dirán; porque los que atienden mucho á esto, dejan de hacer por ello lo que deben; pues como son muy contados los que tienen espíritu para hacer lo que deben, cuando es contra el gusto de alguna persona, amigo, mayor ó compañero, ó contra lo que sigue y dice el pueblo, aunque errado, es más poderoso para derribar nuestra flaqueza el recelo de descontentar á quien puede decir lo que se le antoje contra toda razón, que la obligación de la virtud para despreciar el qué dirán. Por tanto, el Señor corta todo esto diciendo, que tengamos por cierto que los de su casa no serán menos murmurados que El, y que no le serán aceptos sino cuando cerrados los oídos á todo, hicieren lo que deben como El.

Sirva de desengaño á los siervos de Dios para no inquietarse con las injustas murmuraciones, que por más que en ellas se cansen, aunque tengan victoria de la virtud con perseverancia, jamás abatirán del todo las banderas de la lengua. Tengan por espejo en esto á Cristo nuestro bien, que teniendo este trabajo de ser murmurado por tan grande, que David le profetizó mucho antes, quejándose á Dios en su persona de las lenguas de los maldicientes, y dándole también gracias en persona del Señor de que siempre le libró de ellas; con todo eso nunca las hizo callar del todo. Por donde se ve que el mal de ellas es de una calidad que no estriba la victoria en enmudecerlas, sino en desmentirlas con pureza de vida. Así aunque el Señor tuvo perfecta victoria de los murmuradores, la consumada confusión de ellos y el pregón general de la victoria, está reservado para el día del juicio. Por el mismo camino llevará Dios á sus Santos, contra los cuales dejará algunas veces por sus altos juicios prevalecer las lenguas de los maldicientes delante de los ojos de los hombres, y los conducirá para sí con tan cabal victoria, que ningún mal de las lenguas perjudicará sus famas; pero la gloria y honra de esta victoria quedará encubierta hasta el día final, en que los maldicientes se verán como merecen y los murmurados en la honra y gloria que nunca imaginaron. Así lo testifica la divina Escritura: que cuando los malos en el día del juicio vieren la honra de los buenos de quienes en la vida se burlaban y murmuraban, dirán confusos y arrepentidos sin provecho: *Estos son los que en algún tiempo escarnecíamos nosotros y tenemos por blanco de nuestros vituperios; mirad cómo están entre los hijos de Dios, y su suerte cayó entre la feliz de los Santos; erramos, pues, nosotros y no nos sirvió la luz de la justicia.* Por tanto, tengan los siervos de Dios por mal empleado el tiempo de satisfacer las murmuraciones; y pues es tan breve, mejor es guardarle para imitar la paciencia del Señor y dejar á El su causa.

No quita esto que en algunos casos particulares, haya necesidad ú obligación de dar cuenta de sí en público ó á personas particulares, para bien de algunas almas, ó para honra de la Iglesia, ó para

gloria y servicio de Dios; pero esto debe ser con mansedumbre, blandura y tal templanza, que baste para cumplir con la obligación y haya freno en la lengua para no murmurar de sus murmuradores; porque de otra suerte, si en una materia queda justificado, en otra será reputado como ellos. Y porque comunmente en la causa propia no quedamos cortos, se debe tomar consejo con algún siervo de Dios y no exceder su dirección. Con un extremo vicioso debe haber mucho cuidado, y es no quejarse mucho ni encarecer demasiado las sinrazones de los maldicientes; porque como esto parece que se funda en justicia y razón, encubre con más perjuicio el del alma. Quien encarece mucho sus quejas, pierde mucho de la pureza de la paciencia, arriésgase á confiar mucho de sí, préiase de su virtud y razón, menoscaba el crédito del prójimo, disminuye la perfección del amor que le debe y toma sobre sí la parte de sus cosas que debe dejar á Dios; y cuando al fin de sus quejas pretendiese recogerse á El, la experiencia le mostrará tener más que curar en sí que en las lenguas de los maldicientes. Muchos son los bienes que se pierden por quejarse y muchas las imperfecciones del alma. Déjolas á la experiencia por no alargarme mucho; y también digo que no las conocerá sino quien tuviere cuidado muy principal del aprovechamiento espiritual de su alma. Pero si tomaren mi consejo, gasten el tiempo de las quejas con Dios que todo lo ve, y conocerán cuán grande y secreto tesoro de bienes es tener mucho de qué quejarse para sufrir mucho y lograr en silencio los placeres de nuestro Padre de familias, que no ven los maldicientes que andan fuera de su casa.

La murmuración tiene una cualidad por la cual no debe tratar de ella el que deseara vivir quieto, y es ser una dolencia casi sin cura; porque la más de la gente que murmura, á lo menos cuando lo hace, es gente ociosa, y muchas veces maliciosa, y toma la murmuración por gusto y pasatiempo; y como las cosas que sirven de diversión y no tienen freno de la razón, son ordinariamente las más bien recibidas, aunque el trabajo que dan sea más molesto é importuno, se hace más imposible su remedio. De aquí nace que cuando más te fatigas sobre lo que de ti se dice, está el murmurador teniendo sobre ti el mejor rato de su gusto. No puede, pues, haber mayor despropósito en hombre de juicio, que estarse consumiendo en su retiro por los ociosos pasatiempos de los holgazanes y chocarreros. Mundo y lenguas que con juicio no pueden tener remedio, menos le tendrán con rabias; porque si el murmurador es malicioso, no tendrá mejor rato que cuando te ve colérico; y si es ocioso, halla más entretenidos los dichos cuando te ve más sentido.

Mucho mejor es el consejo de los antiguos filósofos, que los murmuradores deben servir á los virtuosos de espejo y enseñanza en sus defectos; porque el amigo suele echar el defecto á buena parte, ó tiene respeto ó cuidado para no decirselo á su amigo. Pero el murmurador, como tiene perdido el respeto, ve mejor el defecto ajeno y sin tiento le manifiesta. El virtuoso de juicio aprende en las

tachas que le pone el murmurador aquellas de que se debe enmendarse, si las tiene, ó de las que se debe guardar, si se las imputan. Fuera de esto, como la virtud y la buena conciencia no pueden caer debajo de la flecha de la lengua, no tiene ésta jurisdicción para hacerla ningún verdadero daño, antes con su ponzoña la realza; porque si el murmurador dice bien del mal, es tan imposible juntarlos, que el mal queda más condenado con el bien. Si dice mal del bien, ni aun así puede el bien quedar perjudicado; antes el mal contra el bien queda condenado por la propia lengua del murmurador. Según lo cual, la virtud gana siempre en toda combinación; lo uno, porque ni combatida puede ser vencida; lo otro, porque los mismos males que la combaten, quedan por los juicios y lenguas de los suyos reprobados.

Con esto entenderás la razón con que dijo San Bernardo á los prelados murmurados (y lo mismo se entiende en los demás) que estaría la virtud ociosa, si no la hubieran de ejercitar sino con los sanos y virtuosos, porque éstos no necesitan de cura; pero cuando se emplea en los maliciosos y murmuradores, sufriendolos, favoreciéndolos, sirviéndolos y haciéndoles bien, entonces aquellas sombras realzan los claros de su hermosura. Pero no sé si me queje de lo que el mismo Santo atribuyó á los monjes diciendo, que su entretenimiento era la murmuración. Debía de sentir bien las pérdidas de semejante pasatiempo, pues no logró su virtud disimularlo; y pienso que en el cielo donde está, aceptará que todos los de esta profesión lo desmintamos; y los que no lo hiciéremos, acordémonos de lo que dice el apóstol Santiago: *El religioso que no refrena su lengua y engaña su corazón, de este tal vana es la Religión.*

EJERCICIO DE SER EL SEÑOR MURMURADO PARA CONSUELO DE LAS ALMAS
CONTRA LAS LENGÜAS MURMURADORAS

Bondad infinita y Dios de mi alma, buen Jesús, mi Señor, mi bienaventuranza, adóroos y os doy infinitas gracias porque por tantas vías y tan á costa vuestra me quitáis el amor de toda cosa terrena y os ofrecéis á mi corazón para satisfacer con Vos todos mis deseos. Si yo tuviese los ojos abiertos, cómo podré amar y pegarme á una tierra y gente en que cupo tan gran mal que se atrevió á poner la boca en Vos, mi soberano bien, y no para alabaros, ni para pedirlos lo que nos podéis dar? ¿Para qué vivo en esta vida? Llevadme, Señor, adonde siempre y para siempre os alabo y adore. Llevadme á la compañía de aquellos purísimos espíritus celestiales, que os saben estimar, adorar y detenerse perpetuamente en vuestros divinos y soberanos loores, como Vos merecáis. Y mientras no me comunicáis este favor, dadme entrañable desprecio de los aplausos y alabanzas humanas y no querer ningún favor ni cosa alguna de lenguas que no os supieron adorar, ni dar gracias por cuanto merecáis. Si todos los nervios, venas y huesos de los hombres se hiciesen lenguas, y si todo el amor del paraíso se uniese á ellas para engrandecer lo que por nosotros hicisteis, ¿qué montaría todo en

comparación de quien sois y del amor que nos tenéis? ¿Pues qué será, si aun una pobre lengua que disteis á cada uno, no se emplea en vuestras alabanzas? ¡Oh amor de mi alma!, ¿qué hay en Vos de que se pueda decir sino alabanzas divinas y grandezas soberanas? ¿Que coméis con pecadores, que quebrantáis el sábado, qué habitáis con pobres y dejáis los soberbios y los ricos, que sois endemoniado y samaritano? ¿Ningún bien recibía el mundo de Vos, ningún bien le hacíais? ¿No hallaba en Vos cosa que le pareciese bien, ni en lo que hacíais veía vuestra divina virtud? ¿Veía vuestra misericordia y blandura? Tan ciego está, que no puede ver en Vos sino su mal. Pues, Dios mío, ¿cómo quiero yo de este mundo que vea en mí lo que no vió en Vos y que diga de mí lo que no supo decir de Vos? Amor de mi alma, ya que la muerte y la vida están en las manos de la lengua, y las de éstos no encontraron en Vos vida verdadera, sino lenguaje de muerte, abrid, Señor, mi boca, aplandiré vuestras grandezas, y os daré infinitas gracias por las mercedes que el mundo no supo conocer en Vos, y viviré por la lengua alabándoos, mi verdadera vida soberana y eterna, adorándoos por las mismas mercedes de que el mundo murmura.

Adóroos, buen Jesús, por la misericordia con que comisteis con los pecadores. ¿Qué fuera de mí si no anduviérais sino con los justos? ¿Qué esperanza me quedara de alcanzar misericordia, si os viera solamente acompañado con inocentes y Santos? ¿Qué fuera de mis llagas y dolencias, si Vos, salud soberana, no entráis en las casas de los miserables enfermos y de las almas perdidas? Digan lo que quisieren los ciegos fariseos, Vos sois mi salud, Vos sois mi misericordia, Vos sois mi refugio. No os son menos propias las mesas de los pecadores que las de los ángeles; porque en las nuestras arde vuestro amor en materia más dura, más difícil de quemar y obrar mejor sus operaciones. Pues, Señor, entrad en este corazón y venid á comer conmigo; ya sabéis lo que os he de dar. Habéis de sufrir la inmundicia de esta casa interior, todo os lo he de dar frío y tibio; el amor helado y sin sabor, los deseos sin sal del espíritu, las obras podridas é indignas de ser vistas, y todo lo habéis de tener como Vos lo veis. Pero Señor, no os podéis excusar de venir á mí que os deseo, porque Vos, salud de mi alma, lo haréis todo á vuestro modo, porque con Vos traéis todos los bienes. Acordaos, Señor, que habiendo dicho que vendríais á morar y cenar con quien os amase y guardase vuestra doctrina, tuvisteis tanta cuenta con los pecadores, que sin amaros ni conoceros, ibais á comer con ellos; á los justos vais porque os aman, á los pecadores para que os amen. Calentaréis, pues, este espíritu, me llenaréis de vuestro amor, todo lo reformaréis en mí; y si murmurasen los fariseos, os adorarán los ángeles y yo os alabaré.

Os adoro, Dios de mi corazón, porque no queréis tener en el sábado otro descanso que hacerme mercedes. Vuestro divino amor, que no descansa, después de haber hecho todas las criaturas corporales en seis días, tomó el sábado para descansar. ¿Por ventura,

Dios mío y Dios de amor, quisisteis estar ocioso en el sábado? Oh amor de mi alma, porque no os entienden los fariseos, por eso murmuran de este incomparable beneficio. Porque vuestra fiesta es descansar en mi alma, no queréis que tenga más ocupación que con Vos. El haber obligado á guardar las fiestas, fué para tenerlas yo ó para que Vos las tuvieseis conmigo. Diga de Vos el mundo lo que quisiere; yo creo y adoro ese amor eterno con que todo lo queréis para mí; adoro ese deseo de no descansar sino en mí; adoro ese gusto que todo lo hizo para mí; adoro la amorosa voluntad con que disteis que tan Señor sois del sábado para hacerme en él mercedes, como de los demás días para criarlo todo en ellos. No os impidan mis maldades tener conmigo vuestros descansos y placeres.

Adóroos, Samaritano vencedor del demonio enemigo. No sabían lo que decían, porque todo lo decían con dañadas intenciones; pero yo os doy infinitas gracias por la merced que me hicisteis en declararme esta verdad. Vos, buen Jesús, os hicisteis en figura del pecador, samaritano; no conocido en el mundo como quien sois, mas caminando por este destierro nos hallasteis esclavos del demonio, llamados y muertos en nuestros vicios, llenos de flaqueza, sin remedio; pero con misericordia nos tomasteis sobre los hombros, curasteis nuestras llagas y mostrasteis que Vos sois el propio y verdadero prójimo y amigo nuestro. Oh divino amor, mostradme ese Corazón. ¿Qué gusto sentiais cuando por injuria os llamaban samaritano, acordándoos del amor con que lo quisisteis ser por nosotros? Por una parte os dolía mucho que no conociesen los maldicientes esa tan gran merced que motejaban; y por otra ardiais en amor y deseo de que todos se dejasen curar de Vos. No quisisteis que el amor del prójimo tuviese otro en quien emplearse más prójimo que á Vos. Oh mi único prójimo; guarde yo la ley que me disteis; hacedme á mí lo que queréis que yo os haga á Vos; amadme, mostrad en mí la fuerza y grandeza de vuestro amor, estad siempre conmigo, poned en mí vuestros ojos, porque de ahí ha de venir la virtud, la fuerza y la luz, para cuanto de mí queréis.

Adóroos, buen Jesús, y os alabo por la grande misericordia que hicisteis á los pecadores, que teniendo en Judea muchas casas de príncipes, letrados, sacerdotes y ricos, tuvisteis más cuenta con los deseos del pobre pecador Zaqueo, que deseaba veros, que con todos los grandes, aunque sabiais que por ello os habian de murmurar. ¿Qué es esto Señor? ¿Tan contados están delante de vuestros ojos y tan presentes los deseos de los pecadores, aunque sean imperfectos? Pues, buen Jesús, ¿qué más pecador que yo? Os deseo, salud mía; os deseo, hermosura mía; os deseo, bien soberano; os deseo, misericordia mía; os deseo, riqueza mía; os deseo, amigo mío, Benditor mío, Señor mío, Padre mío, tesoro mío y toda mi gloria y bienaventuranza. Deseo veros; pero soy tan pequeño, que no llevo á alcanzaros con la vista; mas sé que de Vos soy visto y entendido, y no esperáis á que sea perfecto en lo que deseo, sino verdadero. Vos, verdad eterna, haced que de verdad os desee este corazón pe-

cador. Miradme, Señor, con misericordia como mirasteis á Zaqueo y á Mateo. Venid á hospedaros conmigo, y haced que con amor y gusto os reciba; obrad salud en esta vuestra casa; morad en ella; dejad á los que no os quieren y venid á mí.

Adóroos por cuantas mercedes hicisteis al mundo, que él no conoció. Os alabo por todo lo que de Vos murmuraron; por todo os doy infinitas gracias, y mucho más porque quisisteis sufrir por mí ese tan gran trabajo de las malas lenguas y todos los que ellas os dieron. En particular os adoro y alabo por la merced que me ofrecisteis en quererme tener por de vuestra casa, y ampararme en ella de todas las malas lenguas. Oh Señor, hacedme conocer aquella bienaventurada verdad, que vuestro siervo David (sufridor por vuestro amor de las malas lenguas) dijo: *Que Vos guardareis á los vuestros en lo escondido de vuestro rostro de las perturbaciones de los hombres y de la contradicción de las lenguas.* ¡Oh hermoso secreto! ¡Oh rico nicho escondido el de esa divina caral! Cuando en ella ocupáreis todo el secreto de mi corazón, ¿qué se me dará de lo que el mundo dice? La gente dice lo que no ve ni sabe; y quien ahí está escondido, ¿qué deja de ver y de saber? Logra la frescura de vuestras aguas vivas la substancia de vuestro pan divino, los placeres de vuestra secreta conversación y los tesoros escondidos á los ojos del mundo. Ah Señor, que no siento lo que dicen las lenguas, sino porque aún amo lo que quiero que digan, y no gusto de lo en Vos escondido. Harto de Vos, ¿qué se me da que digan que estoy pobre y hambriento? Preso y cautivo de vuestro amor, ¿qué se me da que digan que soy atrevido ó cobarde? Todo ocupado en amaros y teneros presente, y con esto estar todo embebido en Vos, ¿qué se me da que digan que no soy para nada?

¡Oh, si nunca valiese sino para amaros, ni supiese más que ésto! ¡Oh, si del todo me hiciese necio por amaros! ¡Oh, si del todo me volviese inútil para el mundo por estar poseído de Vos! Hablase el mundo y os oyese yo á Vos, mi buen Jesús; murmurase él y os lo-grase yo; se quejase él y no os perdiese yo; dijese de mí males y os contentase yo. ¿Quién perdería, mi buen Jesús, ó quién ganaría, mi amor divino? Oh cielos, rompeos y dejadme ver este mi Señor y mi bien. ¡Qué digo, buen Jesús! Esos cielos son sordos, no me entienden. Ese vuestro suave Corazón es mi cielo vivo, que tiene ojos y ve, oídos y oye, voluntad que ama, subidaría que conoce, hermosura que alegra, luz que alumbra, mansión y blandura para todos. Oh mi vivo cielo, que me veis y me entendéis, abríos para mí; dadme luz y dejadme ver lo que pasa allá dentro; recibidme, suave cielo; cerraos conmigo y clamen cuantos quisieren contra mí. Oh cielo divino, cielo amoroso, que no sois por vuestra naturaleza duro ni esquivo para los pecadores, ¡no os endurezcáis para mí! Si yo estoy duro, lloved en mí esas aguas divinas; si ciego, enviad esa divina luz; si sordo por los pecados, despedid ese misericordioso rocío que me haga tal que pueda entrar allá. Sé que allá me deseáis y sabéis que en esta hora os deseo; abríos para mí; abríos y recogedme. Os

amaré, os alabaré, me poseeréis y os poseeré; huiré de mí y viviré en Vos. Oh amor divino, pues me hacéis desearos y me conocéis, haced en mí lo que queréis, y querré en mí lo que quisieris.

Oh Padre divino de familias, que quisisteis que el mundo os llamase Belcebú para consolación de todos los que son de vuestra familia; pues que tanto cuidado tuvisteis con lo que yo había de padecer en el mundo, que quisisteis padecer primero más que yo, enseñadme á que me precie de parecerme en todo á Vos y ser de vuestra casa. Tiene el mundo por razón, que se precie el vasallo de su rey, el criado de su señor y que se exponga á peligros, sufra trabajos, afrentas y que muera con él, siendo de tierra el señor como el criado, y miserable el rey como el vasallo. ¿Con cuánta más razón me deberé yo holgar de pasar por donde Vos pasáis? ¿Para qué quiero loores del mundo que os blasfema? ¿O por qué no quiero ser con los de vuestra familia murmurado, pues Vos, Padre y Señor nuestro, lo sois? Vos, Dios y Señor mío, que no os pusisteis por Maestro y espejo, sino porque veáis mi flaqueza, acordados de mí con misericordia; quitad de mi corazón el cuidado y sentimiento de las lenguas de los hombres. Bien sabéis que no me pueden dar mucho cuidado, sino estando mi corazón tan bajo, que desee contentarlos. Cuándo querré, Señor, de corazón, que ni vuestros siervos me tengan en buena cuenta para que sólo viva de puro deseo de contentar á Vos. De vuestra casa, Dios mío, recibo todos los bienes corporales y espirituales, y espero los celestiales. Por Vos huyen de mí los demonios; por vuestro me sufris, perdonáis y esperáis; por Vos me libro de todos los males y estoy abastecido de todos los bienes. ¿Pues qué mucho haré en sufrir por Vos cualquiera mala lengua, cuando Vos lo sufristeis por mí? ¿Qué mucho que á Vos sólo, de quien todo lo recibo, procure contentar, y no se me dé nada de que el mundo entero se descontente de mí? Oh buen Jesús, Vos que conocéis la imperfección de este corazón, cuando se resiente de lo que dicen y recela lo que se dirá, tened misericordia de mí y alumbradme en esta verdad. Enseñadme y ayudadme á no dar justa materia de murmuración para que ninguno os ofenda por mí; que esto sea con pura intención de contentaros; que ningún cuidado ni pena me dé el que hablen de mí; que no gaste la vida y el tiempo en justificarme con los hombres, sino que toda la vida, todo el tiempo y toda la ocupación de este corazón, sea contentaros y sufrirlo todo por vuestro amor.

Oh Maestro de eternas verdades, que nos mandasteis rogar por los que dijeren mal de nosotros; no queréis Vos ser rogado, sino para que nosotros seamos oídos. Pues Señor, ya que así lo mandáis, abrid vuestros piadosos oídos á la indigna oración de este pecador que os pide misericordia por todos los que de mí dicen, dijeron ó en alguna hora dijeren mal. Vos sabéis que no alcanzan ellos á decir cuánto mal hay en mí; y que no pecan tanto por decir más mal de lo que yo tengo (que no es posible) cuanto porque vuestra bondad manda que no lo digan. Vos, Señor, podéis curarlo todo;

remediarme á mí de mis males y á ellos hacerles que los digan. No sea yo, Señor, materia de que se pierdan las almas redimidas con vuestra sangre. Hacedles conocer la pureza de vuestro amor para que lo deseen; la riqueza de vuestro espíritu, para que os la pidan; la blandura de vuestra conversación, para que la busquen; lo que á los vuestros comunicáis, para que en Vos todos se ocupen, y á mí me dejen, no para mi alivio, sino para su aprovechamiento espiritual. Mudad, Señor, el mal de sus lenguas en alabanzas vuestras para que seáis glorificado de quien sois ofendido. Dadles verdadera caridad para que ayuden á remediar con amor espiritual el mal que en mí vieren y sea materia de que se salven, lo que les es ocasión para ofenderos. Juntadme á mí con ellos en unión de puro amor vuestro para que de todos seáis amado, adorado, alado y servido para siempre.

Madre de Dios, Señora del mundo, Reina del cielo y Madre de los pecadores, favoreced á este pobre que á Vos se refugia. Alcanzadme de vuestro Hijo que sea yo de su familia y que me huelgue siempre de pasar por El los trabajos que por mí pasó. Y á todos los que de mí dicen mal alcanzadles lugar en esa misma casa suya y vuestra para que todos seamos vuestros y empleados en el servicio de vuestro Jesús y nuestro. Oh ciudadanos de la casa y ciudad soberana, seguros de vuestros tesoros y libres de nuestros peligros, mostradnos á todos cuanto merece ese Señor que adoráis ser alabado de nosotros para que nuestro amor y vuestras lenguas estén por siempre unidas en sus loores con las vuestras. Amén.

TRABAJO XXII

Contradicción de su doctrina y de sus obras.

Do anda ordinariamente el pecado envajecido sin compañía de otros tan malos ó peores que se originan de él, á quienes abre el camino; porque como dice San Gregorio, la culpa que por penitencia no se limpia ó ataja, lleva á otras con su mismo peso. Quien bien lo considerare, experimentará en sí mismo que aunque no cometa muchos pecados, si no refrena la costumbre de uno solo, á quien se halle inclinado, por aquél tendrán entrada los demás, ó los que más le puedan perjudicar. Por eso el demonio tentador no se desvela en otra cosa más que en estorbar la enmienda de cualquiera mala costumbre; y en teniendo preso por ella un corazón, no se mata mucho por estorbarle otros bienes que puede hacer; porque está seguro que mientras le dure aquella puerta abierta, no le faltará hora y ocasión para dañar en cuanto pretendiere.

Para esto, tanto monta que las cosas sean graves como leves, si fueren malas y de costumbre; porque aunque la caída sea menos precipitada, será igualmente peligrosa donde hubiere descuido. Quien no hace caso de lo poco, caerá (dice el Sabio) poco á poco.

A lo menos en las religiones, donde se cuida más de la reformatión de las almas, hay de esto grandísimas experiencias; porque no comienza á perderse la observancia por grandes profanidades, sino por leves relajaciones; y en lo común no entra sino por los particulares, hasta que imitando unos á otros se pierde todo. Olvidase el religioso del fervor con que entró en la religión; da en parlero; de ahí pasa á distraído; de ahí á murmurador; de ahí á impaciente; de ahí á desobediente, y de ahí á fastidiarse de cuanto es observancia y estrechez. Otro da en ocioso; otro en apetecer cosas pequeñas, de que no hace caso; otro en discurrir por casas y amigos, por lo que pierde el recogimiento; otros en cosas que cada una en el principio parece niñería, por lo que los prelados pasan, ellos disimulan consigo y después vienen á ser rocas vivas, que ni con fuego, ni con hierro se pueden deshacer, porque en el mundo los más de los males nacen de la primera mala inclinación con que uno comenzó á pecar, sin atajarla. Y porque no salgamos del asunto que tenemos entre manos, ¿cuántos vicios brota de sí la costumbre de murmurar, que parece pasatiempo de la vida y que comunmente se toma por diversión? Acompáñala luego la mentira en lo que aumenta ó disminuye; tras de ésta viene la infamia del prójimo, la maledicencia, el falso testimonio, acompañado esto de ira, rabias, indignaciones, escarnios, zumbas y obligaciones de restituir honras, que no se cumplen; y en fin, con la costumbre de murmurar de todo, vienen á decir mal del bien, desaprobando la virtud, contradecirla, desacreditarla y hacerla cuanto daño pueden.

No es pequeña demostración y ejemplo de esto el mucho y diverso mal á que llegaron las lenguas que murmuraban de Cristo; pues llegaron á contradecir toda su doctrina y obras divinas, de modo que cuanto más patentes eran las verdades, tanto más trabajaban por obscurecerlas; cuanto más admirables se mostraban las obras, más se desvelaban en contradecirlas; y por no haber cerrado esta puerta de la murmuración, entraron también por aquí los muchos y gravísimos pecados y crueldades que después cometieron. Y fuera del mal que á sí mismos se hacían, daban al Señor grandísimo trabajo de todos modos muy sensible, porque le tocaba en lo que más le dolía. A los flacos los retiraba de que recibiesen sus favores; á los de buen corazón los escandalizaba; á los maliciosos atizaba; á los de poca fe los apartaba; á los enemigos los endurecía é imposibilitaba para el efecto que en ellos podía hacer la luz; y al mismo Cristo le afligía, porque sentía las pérdidas de todos, y el tiempo que deseaba gastar en favorecerlos, le ocupaba en convenecerlos y defenderse de ellos porque no dañasen á los demás.

Cuando prometía ó aseguraba á los pecadores el perdón de sus pecados, publicaban ésto por blasfemia, aunque veían que calificaba una tan importante verdad con milagros que hacía para el fin. Cuando los convenía de que era Hijo de Dios, lo refutaban con el recurso de que El solo daba testimonio de sí mismo; y teniendo delante de los ojos obras tan divinas, á todo los cerraban por contra-

decir á la eterna verdad. Unas veces por desacreditarle, le preguntaban en público ¿con qué autoridad predicaba ó hacía milagros? Cuando predicaba en la sinagoga en sábado y confirmaba con milagros la doctrina, inquietaban á la gente los que cuidaban de las sinagogas y los echaban fuera con pretexto de que era sábado. Juntabanse muchas veces á consejo con capa del bien público para estorbarle sus divinas obras, coloreando su malvada intención con el pretexto de que no pensasen los romanos que se querían levantar con la tierra. Y habiendo entre ellos algunos que en secreto eran discípulos del Señor, si éstos decían alguna palabra en su defensa, los abatían con porfías, contiendas y blasfemias. Cuando veían que la verdad siempre prevalecía, decían entre sí en sus consejos: *¿No veis que no aprovechamos nada?* Indicio de que era mayor la malicia y deseo de contradecirle en todo, que lo que por fuera mostraban; y nada de esto se ocultaba á la infinita sabiduría del Señor. Cuando, en el día de Ramos, vieron las divinas alabanzas que el pueblo y niños le daban, se fueron á él llenos de rabia, motejándole porque no los hacía callar. Como el pueblo, admirado de las obras divinas que veía, alababa á Dios y las engrandecía, luego se interponían ellos públicamente para desairarlas y abatirlas. Hacíanle muchas preguntas delante del pueblo para contenerle y avergonzarle, y, cuando les convenía con divinas respuestas, en lugar de mostrarse enseñados y agradecidos, juntaban consejo contra El, buscando modo de abatirle.

En estas dañadas infidelidades y contradicciones, con otras semejantes ó peores, anduvieron inflamados todos los tres años que el Señor predicó, hasta que, viendo que nada les aprovechaba, le mandaron prender públicamente para desacreditarle con el pueblo. Pero los mismos ministros, pasmados de la grandeza de su doctrina, volvían engrandeciéndola. Ellos, enfureciéndose como perros rabiosos, determinaron declararse públicamente contra El, é hicieron leyes penales, que promulgaron, contra los que le siguiesen y aprobasen su conducta. Y como el pueblo siempre lisonjea y se pone de parte de los mayores, comenzó luego á haber expías y dolatores; de suerte que, en haciendo Cristo algún milagro, luego había soplo, y llamaban ante sí á los curados para hacer pesquisa del modo y tiempo á fin de hallar medio de condenarle: según se vió con el paralítico de la piscina y con el ciego de nacimiento, sobre quien estuvieron tan porfiados, que llamaron á sus padres para ver si negaban que hubiese nacido ciego, y ellos, temerosos, se remitieron sobre la verdad del hecho al testimonio del hijo, quien fué llamado; y le hicieron tantas preguntas, con tal tema y porfías blasfemas por deshacer aquel gran milagro, que el ciego, más alumbrado ya en el alma que en el cuerpo, les dió tales razones, confundiéndolos, que no tuvieron más respuesta que echarle fuera de la sinagoga con injurias, como maldito y excomulgado que se atrevía á decirles que sería bueno se hiciesen sus discípulos, y por el atrevimiento con que los quería enseñar. A Lázaro, después de

cuatro días de resucitado le quisieron matar, porque muchos creían en el Señor en virtud de tan grande milagro.

Esto cansaba tanto al divino Cordero, que muy anticipadamente se quejaba por el profeta Isaías, que sería buscado de los que no le conocían y hallado de los que antes no le buscaban; y que trabajaba en balde con este pueblo, porque todo el día extendía las manos llenas de mercedes á un pueblo incrédulo que seguía sus inclinaciones, y siempre (según la letra de San Pablo) le contradecía. Por tanto, algunas veces enfadado de ellos, y por dar lugar á su malicia, los dejaba en Judea y se pasaba á otras partes, ó se encubría á veces: ya los dejaba, ya volvía á ellos; pero nada aprovechaba. Cuando los dejaba, pregonaban bandos para que todos declarasen dónde estaba; cuando volvía á hacerles merced de verlos, ardían en rabia de no poderle dañar; seguíanle donde iba para oponérselo en todo, y en cuanto podían causaban aquel suave espíritu, que ardía en deseo de salvarlos. Cuánto cansaría al Señor este trabajo. es tan claro, que ni se necesita ni se puede encarecer. Lo que en este caso más admira es la malicia del corazón humano, dispuesta á contradecir verdades conocidas y obras divinas, porque de parte del Señor no había ocasión alguna. Nunca los desdeñó de su compañía; nunca, siendo tales, les despreció los convites y comidas que, para disimular con El, le ofrecían; nunca dejó de ir á sus casas cuando le llamaban para curar sus enfermos; nunca dejó de darles razón de sí cuando se la pedían; mostrábalas la verdad de todo con tanta claridad que no la podían negar, y sobre todo, ninguna cosa de ellos pretendía, ni impedía lo que les tocaba. No se oponía á la obediencia que el pueblo les daba, antes enseñaba que aunque los vieses malos, los obedeciesen como si fueran buenos. Ni envidiaba ni pretendía sus honras, dignidades, haciendas y valimientos; de suerte que la malicia de éstos no podía cegarse con codicia de bienes que les quitase, ni por interés de cosa que les impidiese, ni con deshonras que les hiciese, ni con verdadera queja que de El tuviesen, ni con materias rigurosas ó imposibles que les predicase. Y con todo eso, sin tener la más mínima ocasión, contradecían su vida, su doctrina y obras, en todo divinas y maravillosas, siendo ellos los que con color de santidad mostraban que aceptarían por Mesías á San Juan Bautista, si dijera que era el prometido. Y ni el crédito que deseaban conciliar con el pueblo que seguía al Bautista, ni el interés de medrar con él, si fuese el Mesías, bastó para moverlos á querer tener el mismo valimiento con Cristo, que en todo era más admirable que el Bautista. En fin, ni por virtud, ni por ambición, ni por interés, se le rindieron, ni dejaron de contradecirle y oponérselo en todo, sin ninguna ocasión que el Señor les diese por su parte.

No acabó en esta mala gente la desventura de contradecir á la virtud y á la verdad. Hasta hoy pasan por este trabajo muchos siervos de Dios, permitiéndolo El para prueba de su virtud; y para que sea más acrisolada permite que de los propios parientes, ami-

gos, compañeros y más obligados nazca la mayor parte de este trabajo. Algunas veces entra por gente que tiene nombre, crédito y autoridad, los cuales son tanto mayores y más deshumanos verdugos cuanto pueden dar más color al mal, por la obligación de mirar por el bien público, ó no dejar engañar á la gente, ó por otros respetos que no deshacen su malicia, y justifican la persecución con que molestan á los siervos de Dios. Tal vez llega esta cruz á un grado que no sé si le puedo llamar el mayor, más cruel y más poderoso para afligir, y en que necesita más vigilancia el siervo de Dios para no dejarse caer; el cual es deshacer, contradecir y oponerse á las verdades, á las obras buenas y cosas dignas de alabanza, no por otro respeto ni color, sino claramente por fastidio del crédito de la persona. De esto hay mucho en el mundo, y tanto, que hasta las cosas que necesitan y que con más gusto, abundancia y provecho hallarían en uno de éstos, más las quieren perder que recibir las de su mano; no porque de ello les venga ningún mal, sino porque no vean los demás que de allí puede salir aquel bien mejor que de los otros. Más quieren carecer de la tal cosa y remediarse con faltas, y á veces con descrédito, que ver en aquella persona ventaja en ninguna cosa. Rompen por la justicia, por la conciencia, por el amor del prójimo, por la propia honra y virtud, por el gobierno y bien común, por no dejar de contradecir la virtud, honra ó persona que desean abatir.

Esta fué al pie de la letra la malicia de los judíos; porque si quisieran acreditarse con el pueblo, nadie los honraría más que el mismo Cristo; si quisieran ser Santos, ninguno los santificaría más; si quisieran tener mucho valimiento, nadie más los ensalzaría; si quisieran librarse del yugo de los romanos, ninguno mejor los podía asegurar que Aquel que resucitaba muertos, era obedecido del mar y de la tierra, de la muerte, del infierno y de los demonios. Pero sólo por no ver honrar al Señor y por deshacer el crédito de su persona, sin otro algún motivo, se determinaron á contradecirle en todo. Si esta desventura entra en gente que profesa santidad, son mucho más crueles perseguidores y mucho peores de remediar; porque se aprovechan de la profesión para ser tenidos por celadores y sueltan las riendas á la naturaleza con tanto mayor y más cruel malicia, cuando contra su obligación persiguen más claramente la verdad. Quisiera alargarme aquí en favor y para consuelo de los que padecen este trabajo, porque si verdaderamente aman á Dios y á los prójimos con pureza de intención, toleran una gravísima cruz. Mas como el Señor á quien ellos sirven, es el que para su mayor gloria y corona los deja pasar por este trabajo, no les digo más (por abreviar) sino que pongan los ojos en este Señor que los gobierna, y vean cómo El sufrió esta rigurosa cruz, y le den muchas gracias por la merced con que les favorece en hacerles partícipes de ella; y reparen con mucha consideración cómo trató á sus contrarios para consolarse perfectamente con El, que es seguro refugio, justo Juez y verdadero amigo.

Pero los que caen en tan malvada ceguedad, necesitaban aquí larga doctrina para que se conociesen. Mas ¿cómo presumiré alabar á los que están ciegos con un tan perverso género de malicia, que ni de la luz divina se dejan penetrar? Conténtome con prevenir á los que no hubieren caído en contradecir la verdad conocida, con recordarlos, para que se guarden, el grande encarecimiento con que el Profeta Oseas dice que veía Dios muchos pecados en la tierra por donde castigarla; porque no había en ella verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios, y había muchos falsos juramentos, mentiras, homicidios, adulterios y tantos pecados, que unos se alcanzaban á otros sin parar, y por eso determinaba castigar y destruir la tierra; igualando en el castigo al pueblo, profetas y sacerdotes, porque tales eran los unos como los otros. Y para que ninguno tuviese esta justicia por rigurosa, dice de parte de Dios, que nadie se atreva á hacer juicio en esto y argüir á Dios (noten esta palabra), porque todos eran tales como gente que contradice al sacerdote. De suerte que tuvo Dios por tan grande y tan grave género de culpa el contradecir al sacerdote, que no se podía comparar á otra cosa peor la malicia de la gente en quien Dios quería mostrar el motivo que tenía para destruirlos. Y así fué por qué ordenó el sacerdocio en aquel pueblo, para que fuese continuo su servicio, continua la doctrina, perpetua la memoria de su ley, y para que hubiese quien tuviese por oficio aplacar la ira de Dios con sacrificios y remediar todas las culpas del pueblo y conservarle en su conocimiento; claro está, que cuando el pueblo llegase á contradecir á los ministros de su salud espiritual, mediadores con Dios en sus peticiones y necesidades, ningún bien le quedaba de que poder echar mano, y con que poderse remediar y sanear con Dios para atajar sus culpas y librarse del castigo que merecían.

¿Pues cuánto mayor mal y más sin remedio sería contradecir á la suma verdad, Hijo de Dios vivo, Sacerdote eterno, nuestro sacrificio, nuestro Redentor, Salvador del género humano, descendido del cielo para remediar nuestra perdición? No tiene esto palabras con que poderse encarecer. Pues en este género de culpa caen, y á veces sin conocerla y ver su gravedad, todos los que contradicen la verdad conocida; porque como nuestros yerros sólo tienen remedio en el conocimiento y aceptación de la verdad, la costumbre de resistirla es hacer alianza con la mentira y aborrecer su propia salud; y los que resisten la virtud y contradicen las personas á quienes tienen poca inclinación, contra la verdad que en ellas ven y por oposición, no piensan que puedan agradar á Dios cuando se hallaren delante de El, ni se engañan á sí mismos ante el divino Juez; porque como todo bien, donde quiera que esté, y la persona que ellos aborrecen, es cosa suya; donde ve una alma que contra razón y contra verdad contradice y se opone á lo que El no desaprueba, la mira como enemigo, y se descontenta de ella como de su contraria; y ya dijimos que por cosas pequeñas no atajadas al principio, se pasa á cosas grandes. De querer llevar adelante lo comenzado por no te-

ner á bien el desdecirse, y por acostumbrarse á mantener la porfía contra lo que le hacen entender, y de otras semejantes menudencias, se pasa poco á poco á perder el respeto á la verdad y la virtud, y no tener miedo de contradecirla. Por eso decía el sabio: *De ningún modo contradigas la verdad, antes bien muestra que te corras de la mentira y del poco saber.* Gran demostración es de poco entendimiento no desprenderse el hombre de lo que con poca ciencia ó falsedad pronunció; porque muestra que no cabe en él la virtud para enmendarse, ni discreción para alcanzar más. Y la virtud por sí es tan hermosa, que el que se corre de la mentira que dijo y de lo poco que alcanzó, queda con ella más honrado y tenido por más verdadero; porque siempre es y será así lo que la suma Verdad dijo: que al que sigue la verdad, ella le librará, y solo éste será verdaderamente libre.

EJERCICIO DE LA CONTRADICCIÓN QUE EL SEÑOR SUFRIÓ CONTRA SUS VERDADES

Eterna y suma verdad, Verbo sempiterno é Hijo de Dios vivo, yo os glorifico con todos los espíritus angélicos, con todos los bienaventurados, con todos los justos, con todos los redimidos por vuestro amor, con toda vuestra Iglesia católica, con todas vuestras criaturas, y con todas vuestras obras y virtudes, que siempre os glorifican; porque Vos sois mi camino, verdad y vida; camino por el cual voy á Vos; verdad con que os conozco; vida con que os vivo; camino que no tiene peligro; verdad que no tiene engaño; vida que no tiene muerte. Quien por Vos no camina, se pierde; quien con vuestra luz no ve, está ciego, y quien en Vos no vive siempre, muere. Vos sois mi verdadera vida, mi verdad viva y eterna, mi camino cierto y vivo. Vos sois, mi Dios vivo á quien sirvo; mi Dios verdadero á quien amo; mi Dios eterno y soberano á quien camino. Prended, Señor, en Vos mis pies, para que no ande por otro camino; dadme vuestra luz, para que siempre vea vuestra verdad, y vivid Vos en mí, para que no tenga otra vida. Y pues de Vos ha de venir este bien, libradme del mal que de vuestros enemigos y de mí puede venir; porque si Vos no me libráis, yo siempre desfallezco por mí, y quedará tanto peor, cuanto siendo Vos tal para mí, tuviere yo menos de Vos.

Vos, Señor, sabéis que más me cegaré con vuestra luz, si no penetra mi corazón, para que con ella misma os vea. Acordaos que digisteis de los que se tenían por alumbrados, que ojalá conocieran que estaban ciegos; mas porque no lo conocían, se cegaban más con vuestras luces. Conozco, Señor, que nací ciego; conozco que en lo que es mío siempre lo soy. Tened misericordia de mí, Hijo de David, para que os conozca en vuestras obras, y para que preso de vuestra hermosura siempre os siga. No os pido en esto sino lo que Vos me deseáis dar, y por lo que tantos trabajos tolerasteis. Pues ya que me dais gracia para que yo también lo quiera, dadmela para merecerlo, y para aceptar con agradecimiento y amor todas las mer-

cedes que me ofrecéis y que deseáis comunicarme. Y pues no queréis que aprovechen sin mí esas vuestras mercedes, y yo no puedo aprovecharme de ellas sin Vos, enseñadme á conocerlas; haced que las desee, dadme gracia para aceptarlas, amarlas y estimarlas, y que me haga tal cual Vos queréis que sea. ¿Cómo, Señor mío, podréis negarme lo que os pido, aunque ni lo merezco ni lo sé pedir como debo? ¿No sois Vos el mismo Salvador y misericordioso Redentor que extendiais siempre las manos llenas de bondades y soberanas mercedes sobre quien no os creía y á los mismos que las desechaban y os contradecían? Pues si sois el mismo, sin que haya disminuido vuestro amor, y no sois menos mío que de todos, oidme, enriquecedme y dadme vuestras misericordias. Acordaos con cuánto amor anduvisteis entre gente incrédula, con qué blandura la sufríais y con qué trabajo disimulábais que os contradijesen en todo. Con vuestra luz se cegaban tanto, que no sufrían alumbrarse al mundo; pretendían encubrir y abatir vuestra divina virtud con sus malicias; trabajaban por apartar á los hombres de vuestro conocimiento y amor; querían desdecir vuestras puras verdades, y abatían cuanto podían vuestras divinas obras. Cara á cara, en vuestra misma presencia y delante de todo el mundo os contradecían; en todo se os oponían; contra Vos hacían leyes; con el mismo bien se dañaban; cegábanse con la luz, y hacíanse peores con la cura y redención, por abortecer el bien y estar casados con su malicia.

¡Oh Cordero Jesús, cuánto más suave fuera á vuestro amor ser crucificado cada día para salvarnos, que ver la contradicción de sus infieles corazones! En la cruz halló por Vos un ladrón el paraíso; y en el templo y dentro de sus casas, los que parecían santos, por rebeldes á Vos, merecían el infierno. Con todo eso los sufristeis con mucha pena y trabajo; perseverabais en vencer su dureza con blandura, su resistencia con mansedumbre y su malévola intención con vuestras mercedes continuas. Y ni aun esto os vale, por que ellos se pierden y Vos quedáis con vuestro dolor y sentimiento. Mudad, Señor, hacia mí ese cuidado y ansia; yo confieso las verdades que ellos no creían; yo adoro las virtudes que ellos aborrecían; yo glorifico las obras divinas que ellos contradijeron. Ya que tanto hacéis por los que os desechan, venid, mi Jesús, á quien os llama. Vos, Señor, dijisteis que abriésemos la boca, y eso bastaba, que Vos la llenaríais y saciaríais. ¡Oh, si todo mi interior se convirtiese en en bocas muy hambrientas de Vos, para que me saciaseis! Pero alargo cuanto puedo los suspiros de este corazón y los deseos de mi espíritu. Venid, Señor, con vuestra luz, con vuestras verdades, con los bienes que á los vuestros comunicáis, henchid esta alma para que con Vos desecho cuanto impide la riqueza de vuestros bienes suavísimos.

¡Oh mi buen Jesús! Bien sé que si miráreis con justicia lo que merezco, se cerrarán vuestros ojos para mí, ensordecerán vuestros oídos á mis voces y vuestra suave presencia huirá de mí; porque no merezco yo menos castigo que estos rebeldes contradictores de

vuestras obras y doctrinas. Creyendo lo que ellos negaban y adorando lo que contradecían, siempre fui rebelde á vuestros llamamientos é inspiraciones; y si soy pobre y miserable, es porque siempre quedé por mí, nunca por Vos. Cuando no os conocía me enseñasteis; cuando huía me llamasteis; cuando me olvidaba de Vos me alumbrasteis; cuando pecaba me ibáis á la mano con vuestras inspiraciones; cuando me resfriaba me acalorábais; siempre me proveísteis con abundancia, sustentasteis con amor, sufristeis con piedad, me gobernasteis con cuidado, me cercasteis de todos los bienes con largueza, de día y de noche, en todo negocio, hasta pecar y ofendiéndoo, nunca me negasteis vuestras mercedes; y con todo esto siempre seguí mis apetitos más que vuestra voluntad, no acudí á vuestros llamamientos; gusté de las mentiras que me pervertían el amor y robaban este miserable interior, más que de vuestras puras verdades llenas de los divinos tesoros.

Yo soy de aquellos de quienes con justísima razón os quejáis, de que os volvieron las espaldas y no la cara. Vos poníais en mí vuestros piadosos ojos; yo los míos en desventuradas bajezas; Vos me dabáis vuestro amor; yo el mío á las criaturas. Vos siempre en pos de mí; yo tras de lo que huye de mí. Vos dentro de mí; yo embecido en lo que es fuera de Vos. Si con la fe no contradije vuestras verdades, con el gusto y con el cuidado favorecía las mentiras del mundo. Si no me opuse á vuestras obras, tampoco me sujeté á vuestro suave servicio. Oh misericordioso Señor, que ni sé, ni puedo confesaros cuán rebelde fui siempre. Sé que me hallo cercado de mercedes vuestras y pobrísimas; criado en vuestras doctrinas y muy ciego; en medio de cuanto por mí habéis hecho, miserabilísimo. Todas mis aficiones me arrebatan siempre el cuidado; ¿pero de Vos, á quien sólo le debo, cuando me acordé, como de la más infima? ¿Cuándo no os troqué por cada una de ellas? ¡Ay mi Dios! Mas quiero callar mis males, porque no corrompan vuestras criaturas. Vedlos Vos con la misericordia que los sufrís, y curadlos con el amor con que todo me lo dais. Y ya que no merezco gustar de vuestros suaves abrazos, que siempre deseché, no me neguéis el humilde conocimiento y arrepentido dolor de haberos desechado. ¡Ay Jesús mío! ¿Qué gané en andar siempre contra vuestro gusto? ¿Qué me quedó de oponerme á vuestra voluntad más que estar ante Vos pobre, consumido, llagado y miserable, cuando pudiera estar lleno de Vos y de vuestros más ricos tesoros?

Mas no sois Vos, buen Jesús, como el rico avariento, que tenía á Lázaro á la puerta y pasaba sin mirarle, y se iba á hartar, con menos piedad del pobre que de los perros que le lamian las llagas. Vos no sabéis ser avariento de vuestros bienes, pues tan largamente los ofrecéis á quien no los quiere. No queréis gozarlos sólo, pues para todos sois Jesús y Salvador. Pues, mi rico Jesús, dad una limosna de misericordia á este pecador; limosna de luz á este ciego; limosna de salud á este llagado; limosna de amor á este tibio; limosna de contrición á este errado; limosna de sujeción á este re-

belde, y limosna de vida á este muerto. Pues no me disteis perros que lamiesen mis llagas, sino vuestra preciosa sangre que me las bañase y lavase, sienta yo su virtud en que todo me convierta á vuestro gusto y voluntad. Acaben, Señor, desde ahora para siempre mis huidas, mis contradicciones y desobediencias. Llevad á Vos todo mi corazón, todo mi amor, todas mis potencias y toda mi alma. Recobrad, buen Jesús, de las manos de mis enemigos, lo que es vuestro; recogedlo, tenedlo, poseedlo para siempre, mi Jesús.

¿No haréis, Señor, que me arroje de sí el mundo y que me desprecie y me tenga por indigno de si por amor vuestro? Esto hizo al que nació ciego, que confesaba vuestras maravillas, y sin veros recibió de Vos vista; y cuando arrojado del mundo por ser vuestro no sabía buscaros, Vos le buscasteis y entonces le hallasteis digno de veros con los ojos que le disteis, cuando sufrió por vuestro amor que el mundo no le quisiese ver como maldito. Entonces os vió; entonces os conoció; entonces os adoró; entonces le dijisteis quién sois y os siguió y le recibisteis para siempre por vuestro. ¡Oh, quién fuera tan dichoso! Si me hace mal tener ojos, cegadme, Señor, para que me volváis á alumbrar y yo me vea. Si me hace mal cuanto veo fuera de Vos, poned en Vos mis ojos y descubríos á este corazón para que me prendáis de vuestro amor. ¡Ah Señor! ¿Tanto estimáis á los despreciados del mundo, que yo hasta ahora estimé y deseé ser estimado de él? ¡Oh pobre de mí, que no os merezco lo que merece este ciego! Desde que nació, hasta crecida edad, siempre fué mendigo y necesitado mientras no os vió; al punto que lo consiguió, no pudo sentir más necesidad ni miseria. ¡Oh riqueza desconocida del mundo! ¿por qué me dejáis andar tantos años mendigando tras de este errado mundo? Descubríos, riqueza mía; mostraos á mis ojos, grandeza infinita; y pues no quisisteis del ciego más que saber si creía y deseaba ver al Hijo de Dios para decirle luego quién sois, creo, Señor; quiero, Señor; deseo Señor, conoceros, veros y amaros; no me neguéis lo que me hacéis desear. Es verdad, buen Jesús, que el ciego no había visto cosas que le prendiesen el corazón, y los fariseos, presos de las aficiones de la tierra, nunca os conocieron. Yo soy otro tal. Mas Vos, Señor, no limitasteis vuestra virtud para los ciegos de nacimiento, pues no lo era San Pablo cuando le cegasteis para que os viese. Cerrad, buen Jesús, mis ojos para que no vea las vanidades, y quitad de mi corazón las prisiones de la tierra, para que os vea, luz de mis ojos, satisfacción de mi corazón, eterna, rica é infinita.

¡Madre de Dios y humildé sierva, que siempre os preciasteis más de esclava que de madre! Humillad mi corazón, sujetadle á la verdad y sacadle de los engaños de la vida, para que la verdad me libre de ellos. Celestiales espíritus y ciudadanos, que veis, ardéis y poseéis los bienes que amáis, eternos y soberanos; pues yo fui criado para ellos, sacad este pobre corazón de las cosas terrenas, para que, libre de ellas y de mí, viva con Vos siempre en Dios y para siempre. Amén.

TRABAJO XXIII

Ardides y celadas que le armaron para destruirle.

ADemás del pesado trabajo de la contradicción que el Señor padeció por la gente judaica, durísima y rebelde, hubo otro no menor, por cuyo medio los príncipes del pueblo, sacerdotes, letrados y fariseos, trabajaban por abatirle, desacreditarle y destruirle. Este fué las muchas celadas que armaban al Señor y los ardides que inventaban para cogerle en alguna palabra y tener de qué asirse y dar color al mal que le deseaban hacer; el cual, con mucha razón, puede contarse por uno de los particulares y principales trabajos que padeció; pues por tal le tuvo David, que le profetizó muchas veces: unas, con palabras lastimosas, encareciendo el mal que con sus lazos le querían hacer; otras, con cantar la victoria que el Señor tuvo de sus enemigos, y cómo se libró cayendo ellos mismos en sus lazos. *Está el malo—dice David—melido en celada para matar al inocente: en lo escondido le arma la trampa: su lengua está llena de malicia y de engaño.* En otra parte dice: *Armaron lazo á mis pies para prender mi alma.* En otra: *En este camino en que andaba me escondieron lazos los soberbios.* En otro salmo: *Atravesáronme lazos de muerte.* De este modo se quejó muchas veces, en persona de Cristo, de los muchos lazos y celadas que le armaban para cogerle, derribarle y tener ocasión de destruirle. Y eran en ésto sus enemigos tan excesivos é importunos, que cuantos consejos tenían acerca del Señor, se resumían en inventar ardides contra él.

Dondequiera que iba le seguían, y al punto que veían gente junta acudían á Él; y á cualquier caso que aconteciese concurrían á ver si podían hallar cosa en que le pudiesen coger; y á esto se ordenaba cuantas preguntas le hacían, las cuales muchas veces le proponían con descomodimiento, soltura, porfía y hablando unos sobre otros, amontonándose contra Él para sofocarle y cansarle. Así dice San Lucas que le sucedió un día en que el Señor les dijo cuán desventurados eran, porque teniendo en la mano la llave de la sabiduría, que es la Divina Escritura, ni ellos entraban, ni permitían entrar á otros; y oyendo esto los fariseos y letrados empezaron á estrecharle con fuerza, tirando á sofocarle con muchas preguntas y porfias, armando celada para cogerle en alguna palabra con que poderle acusar. No ponderó esto el Evangelista por tan encarecidas palabras, sino por el modo descomodido con que lo hacían, según tenían de costumbre; porque unas veces venían juntos los fariseos, que eran de una secta; otras agavillados los saduceos, que eran de otra; ya le enviaban sus discípulos con astuta disimulación proponiendo palabras blandas y lisonjeras, como cuando le consultaron acerca de los tributos del César, para ver si se ponía de parte de la libertad